

## textos

### exposiciones

**Lección de anatomía**, (Luis Jaime Martínez del Río, Galanes de noche, Galería Begoña Malone)  
Ignacio Castro Rey. Madrid, 7 de diciembre, 2008

Tocadas por un difícil erotismo, estas figuras dan miedo porque nos recuerdan algo, un riesgo que se ha metido en la carne. El miedo es la pasión de las sociedades técnicas, el resultado de la seguridad como actitud fundamental del hombre contemporáneo. Cada uno es para sí mismo su bien máspreciado, se relaciona consigo mismo como con un objeto. El resultado es que el miedo se hace omnipresente y la salud se convierte en aleatoria, una función espectral de onda. El miedo se hace más sutil, se insinúa en lo más íntimo, en el propio cuerpo sentido como extraño.

Disertando acerca de la muerte como un epifenómeno de la tecnología del trasplante, Martínez del Río sigue trabajando sobre nuestra afasia emocional, su pleno empleo. No daríamos ya nuestra vida por nada, no nos atreveríamos a existir de otra manera, así que nos hemos reciclado una y otra vez. Nos hemos cosido y remendado, aprovechando los rotos y jirones para simular nuevos órganos de los sentidos. Por supuesto, no sienten nada. El resultado es este tórax compuesto, zurcido de vulvas, apéndices y lóbulos inútiles. No se trata del *rigor mortis*, sino de una cadavérica flexibilidad, pues al ser que podría morir le hemos trasplantado todos los órganos y sólo le queda la función de permanecer en escena. ¿Tenemos nosotros otra? Escaparate de nuestra espera, estos muñones para vestir acentúan la floritura para recubrir la ausencia de esqueleto, de decisión alguna.

Damas mudas en el tablero de la sociedad y caballeros engalanados celebran que han sobrevivido, aunque no sea precisamente a un precio bajo. Han perdido toda expresión para hacerse un lugar bajo este sol negro de la fijeza. El claro de la violencia, el oscuro de las almas. En blanco o negro, Martínez del Río lleva tiempo esculpiendo las consecuencias de nuestra mentalidad binaria.

A falta de un sentido para lo mortal, estas figuras se han vuelto mortuorias. Y lo peor es que se muestran cómodas, resignadas en un estado que podría representar el maniquí de nuestro destino. A fuerza de adaptarnos a las circunstancias acabamos en este estado yacente. Muy vistoso, pero sin mirada y sin venas. Ni cabeza, ni cuerpo, ni miembros. Los seres que vemos y no oímos, que ni podemos imaginar viviendo, no dejan de ser el negativo de nuestro futuro, prometido al bienestar.

Inválidos equipados. De esta manera nombraba Paul Virilio el ideal del nuevo ciudadano, impotente en la presencia real y ultraconectado en la virtual. Aquí no se ven los cables, pero las conexiones podrían estar integradas. ¿Es una parodia de esta condición *aislante* de la comunicación lo que se nos presenta ahora? Corpiños del retiro, adornos goyescos para nuestro tétrico ideal de vida. Así es la seguridad, se ha dicho, cuyo ideal nos hace flotar en una indecisión vacía de miembros, de expresión, de movilidad. Permanecemos atrapados en la violencia afelpada de nuestra visibilidad.

¿Odio? ¿Amor? Sólo son nombres. Ahora sólo queda esta funcionalidad sin fin de ser visible. Quedan las cicatrices recubiertas de encajes, ensortijadas, sin sangre. Lo mejor de todo es que el accidente del que proceden estos cuerpos inútiles podría ser solamente la obsesión por una vida regular. La seguridad los ha reducido a ser visibles, sin más. Similar a aquella legendaria *tabula rasa* que era metáfora de nuestra disponibilidad cognitiva y la permeabilidad al medio, ahora el negro digamos que representa -podemos decir

cualquier cosa, ellos no hablan- la quemadura de un exceso de luz. ¿Su velocidad anterior les ha calcinado, como una nave espacial al entrar en contacto con la atmósfera? De aquellas aguas, estos lodos. De aquellas luces, este azabache, el terciopelo oscuro de nuestro temor vacío.

Que Martínez del Río represente este horror con ropajes que recuerdan a la sociedad burguesa de antaño no cambia la fuerza de esta insinuación kafkiana sobre nuestra inminente metamorfosis. La alienación ha llegado tan lejos que se hace vistosa, confortable, fotogénica. El malestar, cuya asunción podría permitir recuperarnos, se ha asentado en esta ambivalencia límbica. Si Heidegger hablaba de una circularidad en el *Dasein*, donde cabía la más alta posibilidad de un ser-para-la-muerte cuya autenticidad consistía en asir su más íntima angustia, ahora sólo queda esta calcinada parada de los sentidos. Sonríe, le sonreirán. Mucha Castilla profunda en estos cuerpos extenuados, mucha automutilación acristalada en la inmunidad. Las figuras resultantes son como los maniqués de De Chirico, pero sin interrogante metafísico, sin balastradas ni plazas tristes al sol, sin cielo amarillo que se desvanece.

El espectáculo sigue, la música continúa, pero ya no hay ninguna letra, ningún estribillo que canturrear, ningún bailarín. Oficiando el santo oficio de su mutismo, estas dulces bestias ponen de largo su horror, sin complejos. No los tienen, puesto que posan como si fueran perfectamente presentables.

En el plano del balance, es posible que sobre un poco de la ortodoxia Celan y falte algo de un aire fresco a lo Gary Snyder. Quiero decir, el juego con una posibilidad donde los ojos de lo mortal se llenen de polen. A veces Martínez del Río parece abandonar la poética por una propuesta irónica que *hiere* al precio de apuntalar el régimen masivo de lo que funciona. Forense de nuestro declive, corre el riesgo de limitarse a la autopsia de una agonía anunciada. No nos referimos a que el escultor esté explotando una fórmula exitosa de la desdicha, porque no hay ninguna fórmula. Evidentemente, el artista tiene más que talento para el trabajo con los materiales y para captar la perversa metafísica de nuestro ideal de vida. Fija una de nuestras mutaciones probables, también su temor capital. Sin embargo, podemos temer que el escultor se atrinchere en esta desesperanza y no experimente la ambivalencia de nuevos territorios. Ya tenemos garantizado el espectáculo del horror, ¿por qué no probar cómo puede ser la vida fuera?

No es de temer la monotonía de un pesimismo integral, pues el artista es más inteligente que todo eso. Sin embargo, podría ensayarse una *poética de la impotencia* que se fugue del cara a cara con el poder y airee su nihilismo entre seres que no conocemos, exteriores a nuestro automatismo. Al fin y al cabo, ¿qué más nos queda que atravesar la línea del absurdo y despertar a la existencia? Como decía hace poco un alumno, lo difícil es vivir, caminar entre seres que respiran esta perplejidad sin remedio. Nunca se ha demostrado que en lo irremediable, precisamente para el arte, no espere una afirmación extrema.